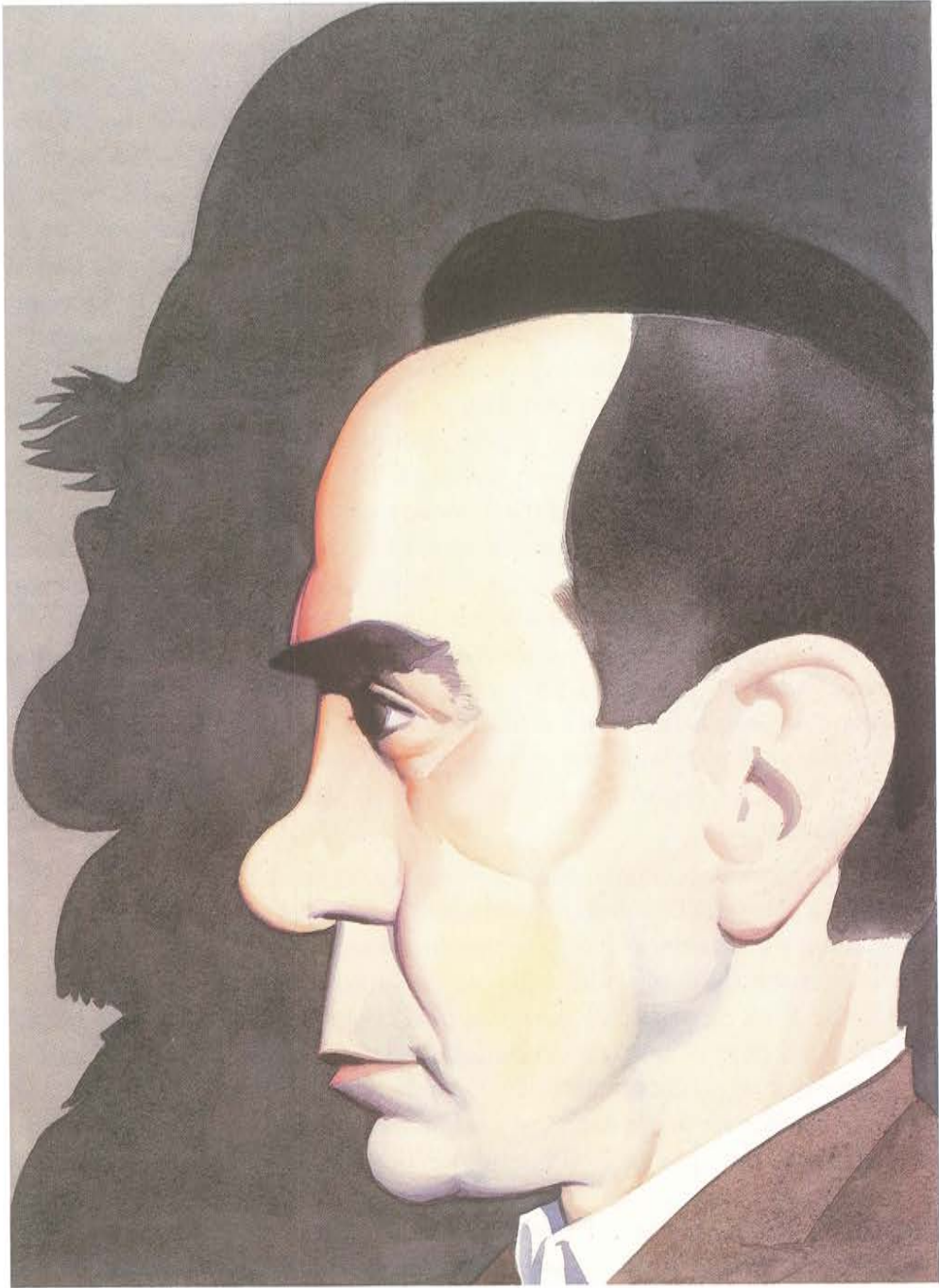


# LA PATRIA INTERRUMPIDA DE RAMÓN J. SENDER

R

amón José Sender escribía sus novelas como si fuese un pintor que sólo vislumbra manchas, ideas borrosas y una atmósfera imprecisa de niebla y verdad en el fondo de su imaginación desbordada. Es decir, impregnaba el papel de un núcleo de acciones nítidas, aunque informes, y las vaciaba con una enfermiza sensación de vértigo y desahogo. Luego, armado del oficio parsimonioso del sembrador de verbos, pulía aquí, añadía matices allá, rebañaba con mayor precisión el alma de un personaje y culminaba un libro entre cuyas páginas alentaba un buque de libertad desmelenada. Dicen que todo escritor de veras no hace sino aquilatar, una y otra vez, sus temas, matizar hasta lo indecible obsesiones que han nacido con la infancia o en los difíciles días de la primera juventud, cuando el mundo se ofrece como un laberinto caótico y un pantano de metales y de incertidumbre. El caso de Sender es ejemplar en este sentido: ejemplar y equívoco. Durante muchos años produjo narraciones extraordinarias y algo desmañadas bajo el signo de la multiplicidad incesante. No le importó escribir sobre las raíces mexicanas, los amores contrariados del prieto Trinidad en una tortuosa atmósfera de prohibición y de erotismo ardiente, ni reconstruir las hazañas sangrientas de Lope de Aguirre. Rememoró la vida criminal de Billy *El Niño* con su rosario de víctimas, aludió a la sexualidad oculta de Cervantes y reedificó las estampas de la Guerra Civil española con aquel pelotón interminable de muertos y de fugitivos. E incluso, sitiado por la evocación melancólica, recorrió los territorios del héroe que fue alguna vez siendo niño, los paisajes agrestes sorprendidos por la llovizna en Alcolea de Cinca y Chalamera, y eternizó sus pesadillas remotas: aquel buitro lustroso que se elevaba al crepúsculo con una esquila colgada del cuello o el cuerpo abrasado de Froilán, aquel niño ingenioso al que se le habían enredado los hilos de su cometa en un poste de la electricidad. Pero en el fondo, siempre intentaba hacer lo mismo: dejar constancia de su preocupación por el hombre y sus pulsiones, por la intensidad de las fuerzas primitivas y la urdimbre oculta de los sueños, del destino y de la memoria.



Su existencia, sin embargo, es extraña. Por instantes parece inclinarse hacia una especie de fuga del pasado, una abdicación de las ideologías y de los credos de la juventud rebelde, y hacia la reinención absoluta de una vida artística, alimentada por viejas epopeyas muertas. A Sender, en ocasiones, le gustaba imaginarse otro. Presentía que estaba marcado por signos de un hado mágico. En algún lugar ha dejado escrito que sus orígenes había que rastrearlos en una tribu de Ceilán, rodeada de tigres y de jungla, y que su segundo apellido, Garcés, estaba emparentado con los monarcas navarros o con la nobleza catalana. La realidad tampoco se ha empeñado en desmentir los afanes del novelista. Nació en Chalamera (Huesca, 1901) y su infancia transcurrió entre esta villa reducida, donde su madre era maestra rural, Alcolea de Cinca, Tauste e incluso un internado con los Hermanos de la Sagrada Familia en Reus. Su padre era hosco de temperamento, irascible y severo. Tuvo 19 hijos, aunque sólo diez le quedaron con vida. Ejercía labores de secretario de ayuntamiento, y esa profesión lo llevaría a errar de lugar en lugar con relativa periodicidad. Nunca se entendió con su hijo, que se convirtió en primogénito tras la defunción de José: la animadversión fue casi continua y se prolongó, al menos, hasta que Sender se convirtió en reportero, en soldado y en novelista. Los momentos más gozosos de su niñez hay que rastrearlos en las relaciones que mantenía con su abuelo y la irresistible fascinación que experimentaba por su madre. Una figura femenina, delicada y juncal, con ojos de un color verde claro, dominó su estancia en Tauste: Valentina, la hija del notario, su primer gran amor. Vivieron un idilio candoroso e inolvidable que, en los amargos días del destierro, el escritor restaurará con toda su mítica hermosura en *Crónica del Alba* (1942). Era un tiempo de peleas al otro lado de la muralla, de gatos sonámbulos en las azoteas y a la luz de la luna, de huidas a campo abierto y de carromatos con pedal y tiro, arrastrados por caballos. Era una edad perfecta de pamelas en estío, de cuevas mitológicas con brujas desdentadas y dulces de almendra en la sobremesa.

La tirantez que mantenía con su padre pudo ser la causa de su ingreso en el internado de Reus. De aquellos días, ha recordado Sender no sólo el edificio, las columnas torneadas y los jardines, sino la figura de algunos frailes que le ayudaron a descubrir la literatura, las biografías aladas de santos y otros aspectos de la vida. Alrededor de 1914, se trasladó a Zaragoza para continuar sus estudios de bachillerato. A orillas del Ebro se inició en el periodismo, intuyó por primera vez qué era la revolución y el anarquismo en los billares mugrientos del Coso, y paseó por las callejas ante los serenos de la medianoche, los barqueros del Ebro y aquellas estatuas del Centro Mercantil del escultor José Bueno que tanto le gustaban. Su padre fue trasladado a Caspe y el joven mudó su matrícula de bachillerato a Alcañiz, donde alternó sus estudios y su pasión por la literatura con la ocupación de dependiente de botica. Pero, apenas finalizó el bachillerato, se escapó a Madrid en una aventura adolescente llena de osadía y quizá de resquemor hacia su progenitor. Con tan sólo 17 años, descubrió un Madrid insólito donde ya ejercían su solemne magisterio personajes como

José Ortega y Gasset, Ramón Gómez de la Serna y los miembros de la Generación del 98. En un principio, apenas tuvo oportunidad de conocerlos. Su vida transcurría entre la biblioteca y la sala de lectura del Ateneo, las caminatas por la vieja ciudad de los Austrias y su estancia clandestina en el Parque del Retiro. Convirtió los paseos de rosales, las avenidas de arrayanes y de adelfas y los manantiales del recinto en su secreta morada. Sender ha recordado que durante la primavera y parte del verano de 1918 dormía a la intemperie, sobre un banco de madera, con la única hacienda de un cepillo de dientes, un peine y varios pañuelos, cerca de una fuente de mármol, cuyas aguas constituían su manjar más delicioso. Lo más sorprendente de aquellas andanzas era que el joven sobrevivía de sus cuentos, de sus comentarios de libros y de artículos sueltos, que tenían entonces un cierto sabor modernista, sobreabundancia de epítetos y un predominio de personajes enfermizos y ultrasensibles que se desenvolvían en ámbitos morbosos.

Un día, su padre decidió poner término a la aventura y fue a Madrid a buscarlo. A cambio de que regresase, le ofreció un cargo de redactor jefe en el diario campesino de Huesca, *La Tierra*; pero al cabo de dos años abandonó aquel proyecto que le resultaba agonioso y constreñido. Retornó a Madrid, se matriculó en Filosofía y Letras y encontró trabajo, de nuevo, en una farmacia. Eso era lo de menos. Sender estaba dispuesto a vivir exclusivamente de la pluma y no tardaría en lograrlo. Publicaba en *El Imparcial*, en revistas de diversa índole e incluso por entonces, en el invierno de 1919, el diario *El País* le editó un poema en honor de Rosa Luxemburgo. Leía desordenadamente todo lo que caía en sus manos: desde *El Criticón* de Baltasar Gracián hasta las novelas psicológicas y endemoniadas de Fiodor Dostoievski, pasando por Stendhal, Balzac o los grandes narradores del momento en España: Galdós, Baroja y Valle Inclán.

En 1923 se incorporó a filas en Marruecos, durante la guerra colonial de Annual. Sus ojos todavía inocentes se asomaron al museo de los horrores: contempló —con la guerrera polvorienta, el corazón en un puño y el silbido del plomo rozándole la oreja— la muerte en primera línea y el tremendo absurdo de todas las reyertas. Conoció a soldados que perdieron la vida y los sueños en aquel empeño. Respecto a aquella época, Sender ha descrito los campamentos tras el combate, el doloroso silencio de los postrados y a un montón de soldados anónimos, hundidos entre las mantas sudorosas, que imploraban con desesperación un porvenir dichoso al otro lado del desierto. El ser humano que volvió de la batalla era otro: había comprendido la injusticia, la infamia de los humillados y había puesto su corazón al lado de los que sufren.

Ya en Madrid, se incorporó al diario *El Sol*, auténtica cuna de intelectuales. Apareció en la redacción, con su uniforme de militar y una carta de recomendación de su hermano Manuel. Le recibió el propio director y fue contratado en el acto. Estuvo allí, realizando labores de redactor, de reportero y de comentarista de libros, desde

1924 hasta 1930, año en que escribió en un auténtico alegato pacifista, espléndido y denso, sus experiencias africanas. La novela se llamó *Imán* y tuvo un importante éxito. En aquellos días, la actitud de Ramón José Sender era tajante y sin ambages. Se sentía atraído, dentro de una gran orientación hacia la izquierda, por el anarquismo y el comunismo. Libros como *Orden Público* (1931: surgido de una breve estancia en la cárcel a raíz de la acusación de complot contra Primo de Rivera), *Siete domingos rojos* (1932) o el estupendo fardel de reportajes *Viaje a la aldea del crimen* (1934) le colocaron entre los mejores narradores del país. Según Rafael Cansinos Assens, «Sender es el nuevo gran escritor que ha venido a animar nuestra literatura». *Viaje a la aldea del crimen* fue un fogonazo estremecedor: relataba a lo largo de 21 crónicas los violentos actos de represión contra los jornaleros de Casas Viejas (Cádiz) y el testimonio —verídico, intenso, descarnado— le costó el puesto a Manuel Azaña en favor de Alejandro Lerroux. Estos libros anticipaban lateralmente el clima de confrontación que se estaba dando en el país y a la vez nos sirven para comprender la evolución de pensamiento y el grado de compromiso social de Sender.

El estado de alteración que vivía la esfera militar fue entrevistado por Sender en varias ocasiones. En 1936 publicó uno de sus mejores textos: *Mister Witt en el Cantón*, galardonado con el Premio Nacional de Literatura. Algunos han visto el libro como un presagio de la tragedia española del 36. Sorprende el estado convulsivo, casi febril de su escritura: el narrador se lo dictó a su mujer en poco más de una veintena de días. La acción sucedía en Cartagena durante la revolución cantonal de 1873 y constituía un excelente ejemplo de narración erótica, o de trasfondo amoroso, sobre el friso de la Historia. Y en la primavera de ese mismo año, durante una comida en un café de Madrid, Sender profetizó «una guerra civil que durará tres años y que como casi todos los cuartelazos de nuestra historia dará la victoria a los rebeldes». Su hermano Manuel y su esposa Amparo Barayón fueron de los primeros en caer. Manuel fue fusilado en Huesca y su mujer en Zamora, en uno de los episodios más oscuros de la vida del novelista. Él mismo, tras diversas escaramuzas con el bando republicano en el frente y la dirección de *La voz de Madrid* desde París, partió hacia el exilio. A pesar de un turbulento período en trincheras donde vivió enfrentamientos hostiles con los comunistas (fue acusado de desertión por Enrique Lister), aún tuvo tiempo de enviar a sus dos hijos a París y de dejar un impresionante tapiz del fratricidio: *Contraataque* (1938), documento autobiográfico de una contienda feroz vivida en propia piel.

Inicialmente, Sender se instaló en México con el alma desgarrada. Conoció las chabolas achaparradas y sucias, el olor acre de las criollas y la alegría etílica de las cantinas repletas de mezcal y tequila. Los desterrados se amontonaban por las esquinas y todos intentaban sobrevivir en medio de aquel rebumbio de colores, de licenciados taciturnos, de señoritas engalanadas y de apátridas. En algunas tardes calientes, sobre las avenidas terrosas de cactus y ultramarinos, uno podía toparse con la barbilla de Leon Trostki, con los laboriosos andares de Frida Kahlo y su marido Die-

go Rivera, que exhibía cartuchera al cinto, o con los españoles Jarnés, Andújar o Ayala. A todos les dolía el país abandonado, la patria interrumpida. Sender rindió de inmediato homenaje a México con *Epitalamio del prieto Trinidad* (1942) y remató uno de sus empeños más ambiciosos: *Crónica del alba* (1942), un conjunto de nueve novelas que es una auténtica memoria de juventud o el afán de recuperación de un paraíso imborrable, que emerge, sublimado y prístino, desde un paisaje lejano. El escritor rememora la edad de la inocencia y evoca, desde la nostalgia y el dolor de la diáspora, su existencia y la peripecia dramática de su propio país.

Un par de años después, se trasladó a Estados Unidos —vivirá sucesivamente en Nuevo México, Alburquerque y San Diego— y se casó con Florence Hall. Siguió escribiendo con tanto desorden como frenesí, aunque en las primeras décadas concluyó novelas de extraordinaria calidad: *El Rey y la reina* (1949), *El verdugo afable* (1952), *Réquiem por un campesino español* (1961), *El lugar de un hombre* (1958) o *Los cinco libros de Ariadna* (1947), una novela un tanto alegórica y escurridiza en la que rinde homenaje a su primera esposa, que le había ayudado a salvar la vida. Durante sus años de exilio, Sender renunció a muchos de sus postulados de peregri-  
erra, asumió hábitos americanos de vida, se volvió más escéptico y fue candidato al premio Nobel. Reescribió muchos de sus títulos y retornó fugazmente a España en 1974. No obstante, regresó a San Diego y allí falleció, con la única compañía de la añoranza y del whisky, en 1982 con una certidumbre indiscutible: «Mis novelas representan una especie de batalla contra la realidad». Luego, alguien arrojó sus cenizas al océano con la esperanza de que morir en el mar es desaparecer como los barcos, dejando atrás una estela blanca de espuma y de sueños. 